

“ Buenas tardes, les habla un condenado a muerte”. Así comenzó la intervención de un oyente en el contexto del segmento participativo de Informe RCR (Radio Caracas Radio).

Se trataba de un maestro jubilado, cuya pensión y pírrica ayuda del Ipasme no le alcanzaba para pagar el tratamiento de quimioterapia. En menos de cinco minutos el hombre relató su historia, que no era, ni más ni menos que la crisis de seguridad asistencial en nuestro país. El señor llevaba un *vía crucis* por los hospitales y la respuesta siempre era la misma: remitirlo a otro lugar, porque allí había mucha gente y pocos insumos. En ese peregrinar la enfermedad había avanzado hasta el punto que ya estaba desahuciado. Pero lo paradójico de todo el drama era que esa voz llorosa que hablaba al otro lado de la línea telefónica, decía estar totalmente agradecida con los medios de comunicación social por haberle permitido contar su caso, mientras que los conductores del espacio sentían una profunda angustia y frustración por no poder hacer más nada que escucharlo.

¿Es que acaso la radio participativa es sólo eso: catarsis, descarga, crítica, exorcismo de demonios individuales y/o colectivos? ¿O pueden generarse verdaderas corrientes de opinión y participación ciudadana a través de estos espacios?

En sus inicios, a principios de los años 30, cuando la radio se hacía en vivo y frente al público, este “tomó” para sí los estudios. El medio tenía mucho de teatro. La risa, el llanto, el aplauso o el abucheo, se generaban en el mismo espacio y tiempo. El que “hacía” radio percibía el *feedback* inmediato de la audiencia presente, mientras que quien escuchaba a través de su aparato, recibía ese *show* interactivo que se estaba emitiendo desde los estudios. En esos musicales, radionovelas, concursos y *shows* de talentos que se hacían en frente del público, está la génesis de lo que 60 años después sucedió, cuando la gente se “apropió” del medio.

Llegamos a los 90. La “corrupción” quedó develada con la crisis y a pesar de la presión de Recadi y sus efectos nefastos sobre la libertad de expresión y el condimento coercitivo de la pareja Lusinchí-Ibáñez Piña, una emisora, RQ 910, inició el ensayo de dejar las líneas abiertas. RQ 910 tenía como *slogan* “La radio que se siente y que se ve”, y aunque lo pri-

ENTRADA

O cómo la gente tomó la radio

Yo participo, tú participas

María Isabel Párraga

mero pudiera ponerse en duda, lo segundo era una verdad como un templo, ya que sus estudios, ubicados en el Centro Comercial Concreta, estaban “abiertos” a la audiencia, que podía contemplar todo lo que sucedía adentro a través de las vidrieras que separaba la radio de los pasillos.

En esa emisora el programa *Antena Caliente*, conducido por Jesús Romero Anselmi y Javier Perera Díaz, abrió sus líneas al público y día a día se gestó el debate colectivo de los acontecimientos nacionales.

Llegó Carlos Andrés Pérez, a pesar de sus devaneos con los 250 millones de bolívares, acabó con lo que él mismo calificó como “el mecanismo perverso de Recadi”. Se abrieron las compuertas de la libertad de expresión dando rienda suelta a la indignación colectiva contenida y acrecentada. La radio había encontrado un nicho. Era la voz del descontento popular.

YO HABLO, TÚ ME ESCUCHAS. Y ENTONCES ¿QUÉ?

En los 90 las líneas telefónicas se han apropiado de la radio. Las audiencias llaman a las emisoras para preguntar desde la hora hasta para pedir una dictadura, como quien encarga una pizza a domicilio. La gente opina, opina y opina. Piensa que tal vez, si está de buenas, alguien con poder la escuchará. Si no es así, al menos se practicó el deporte nacional de hablar mal de gobierno, o de la oposición según sea el caso.

En esta década, los programas participativos no sólo se hacen en los segmentos informativos o de opinión, sino que la radio juvenil también ha sido invadida por este fenómeno. Concursos, citas a ciegas y confesiones adolescentes son parte del menú de opciones.

Hay programas con participación de la audiencia desde temas esotéricos, deportivos, faranduleros, psicológicos, religiosos, amorosos, edu-

cativos, sexológicos, gastronómicos, culturosos, humorísticos, económicos, políticos y pare usted de contar.

Esta diversidad ha hecho que, en algunos casos, en aras de la participación se deje a un lado la producción y que el juego sea: “dame un tema y yo te doy mi opinión”, sin mayor profundización, investigación u opinión de expertos que puedan enriquecer el evento comunicacional.

Sin embargo, la radio participativa ha ido mucho más allá del simple evento de sintonizar una emisora y llamar por teléfono al horario preferido. La experiencia más cercana que tenemos es la de Radio Caracas Radio. En esta emisora hay un programa llamado “Cita con los psicólogos”. Sus conductores, Wladimir y María Mercedes Gessen, han creado una red de oyentes que se reúnen cada cierto tiempo para revisar temas de interés común.

También en RCR ese “oyente participativo” ha tenido la oportunidad de “programar” la radio que quiere a través de foros de contacto con la audiencia, en los que se evalúan la calidad de los espacios que están al aire.

Gracias al grado de compromiso de los oyentes surgió el programa “Ciudadano RCR”, en el que los escuchas no sólo participan en la producción, sino que además tienen la oportunidad de conducirlo.

COROLARIO

La historia del oyente que se identificó como un condenado a muerte tuvo un final, si no feliz, al menos esperanzador tanto para el protagonista como para quienes conducen espacios participativos. Al escuchar su drama, llamó un reconocido médico de una clínica privada y se comprometió a prestarle ayuda y no dejarlo morir en la mengua. Ese día, una de tantas quejas tuvo respuesta. Gracias a la radio, se activó una red de solidaridad, todo un camino que aún queda por explorar.